

AIX-LA-CHAPELLE.

Los Liejeses cumplieron el juramento que habian hecho sobre la tumba de Larnelle, porque de 1757 á 1794, su existencia no fué mas que una lucha prolongada contra sus obispos; en 1794 nos apoderamos de Lieja é hicimos de ella la capital del departamento del Ourthe. En 1815, fué comprendida en la circunscripcion del nuevo reino de los Países Bajos. En fin, en 1830, habiendo hecho por su parte su pequeña revolucion, se separó de la Holanda y se encontró de grado ó por fuerza, reunida á sus buenas amigas Brujas, Gante, Amberes y Bruselas. El público ha podido juzgar de la afeccion que les concede.

Por lo demás, desde donde nosotros estábamos, en aquella azotea, en donde yo acababa de disfrutar á la vez de tan buen almuerzo y tan excelente

curso de historia, me encontraba maravillosamente colocado para ver, sin molestarme, todos los sitios donde habian acaecido los hechos importantes que el señor Polain acababa de referirme. Así, desde aquel punto situado al pié de la ciudadela, tenia á mi izquierda á Herstal, cuna de los reyes de la segunda raza, donde nació Pepino el Craso, padre de Carlos Martel, y abuelo de Pepino el Breve, y al extremo derecho, el castillo de Ranigulo, de donde Godofredo de Bouillon partió para Tierra Santa. Despues colocados entre estos dos grandes recuerdos, yendo siempre de izquierda á derecha, del sur al este, mas allá del Ourthe, al punto desde el que Boufflers bombardeó la ciudad en 1694: del lado del Mosa, casi á mis piés, al extremo de la calle Hors-Chateau, la iglesia de San Bartolomé, la mas antigua de Lieja; dirigiendo seguidamente mi vista al Ourthe, el puente de Amercœur, desde donde el duque de Borgoña hizo arrojar á los ciudadanos sublevados, y que ha conservado de este triste recuerdo su doloroso nombre. Mas allá de este puente, el barrio de donde Dumouriez, en 92, desalojó á los imperiales, y que estos quemaron al retirarse, el cual reconstruido por el primer cónsul, conservó por algun tiempo el título de barrio de Bonaparte, tomando posteriormente el de barrio de Amercœur, por haber dejado un recuerdo mas indeleble la antigua catástrofe que el reciente beneficio: luego,

sobre el muelle, por bajo de la iglesia de San Bartolomé, la casa del señor Curtio, con sus trescientas sesenta y cinco ventanas, con su historia completa y su diabólica tradicion. El palacio de Justicia, en otro tiempo el palacio del príncipe obispo, con un lindo patio rodeado de columnas del siglo XIV y su retrato de Guillermo de la Marek, el famoso Jabalí de las Ardenas, esculpido en el cuarto pilar de la derecha, entrando por la plaza de San Lamberto. Despues, mas allá de la Universidad, entre el Seminario y el barrio de Avoy-Saint-Jacques, la maravilla de Lieja, con su arquitectura á la vez gótica y árabe; San Pablo, convertido en catedral desde 1793, época en que los cedió á San Lamberto, la antigua metrópoli, que cayó como caian las reinas en aquel tiempo, derribadas por el pueblo. San Juan y su torre bizantina, la casa de Warfusée, de sangrienta memoria, de que no queda junto al Mosa mas que la poterna por donde entraron los Españoles. En la misma línea, y mas allá del barrio de San Gil, los benedictinos de San Lorenzo que no deben confundirse con los de San Mauro, famosos los últimos por sus crónicas históricas, y los primeros por su crónica escandalosa. Mas allá la iglesia de San Martin; la primera en que por las súplicas de una religiosa, llamada sor Juliana, que habia soñado ver la luna dividida, permitió el papa la institucion del *Corpus*, que se

difundió por todo el mundo cristiano y que no ha cesado todavía en Francia. En fin, la casa de campo donde el obispo Enrique de Güeldres se vanagloriaba de haber tenido veinte y nueve bastardos en un año, y que de aquella proeza monacal ha conservado el nombre de Bastardasia.

Despues de haber abrazado todo el conjunto de la ciudad, expresé al señor Polain mi deseo de examinar algunos detalles. Entonces con su ordinaria complacencia me ofreció acompañarme; era muy excelente *cicerone* para que no lo aceptase, á riesgo de ser indiscreto.

A medida que andábamos, me hizo notar que Lieja era acaso la ciudad que ha bautizado sus calles y barrios con mayor número de nombres propios; en efecto, atravesamos sucesivamente las calles de Lannelle, Gretry y Berthollet ¹ y esperaba que se llamase calle de Robertson, ó calle Temida, la primera que se abriese; esto es tanto mas meritorio cuanto que Lieja es una ciudad completamente industrial, y por esta cualidad es preciso agradecerla no haya despreciado soberanamente todo lo que sea historia, arte ó ciencia.

Terminada nuestra correría, fui á arreglar mis cuentas con la fonda de Albion, y no encontré mas

¹ Este es el Berthollet en quien La Brinvilliers ensayó algunos de sus venenos y que le sirvió algun tiempo de amante y de alambique.

que á la criada. Pregunté lo que debía y se me respondió que veinte y siete francos.

Me pareció esto algo caro por una noche tan solo pasada en una posada; así aventuré algunas observaciones acerca de la suma; mas entonces la doncella Vergenia me hizo notar que habia dado treinta sus al comisionista que habia llevado mi equipaje. Reconocí la verdad del dicho; pero este adelanto por mas lisonjero que fuese, como prueba de confianza, no reduciria la cuenta mas que á veinte y cinco francos y cincuenta céntimos. Me permiti, pues, insistir de nuevo pidiendo detalles.

— Pero, dijo la jóven, el señor ha pedido de cenar ayer noche.

— Verdad es, respondí, pero no me han servido la cena.

— Y esta mañana el señor ha pedido un carruaje.

— Tambien es verdad, pero no se ha encontrado.

— ¡ Ah! eso no obsta, respondió la doncella.

Permanecí un instante confundido bajo la lógica de aquel razonamiento; pero no dándome por convencido, quise hablar á la huésped.

— ¡ Ah! eso es imposible, me respondió la criada, es el dia de devocion de la señora: está rezando.

— ¿ Y el señor Valentin?

— Ha ido por los huevos.

Me volví hácia el señor Polain.

— ¿ A qué hora marcha el vapor de Aix-la-Chapelle? le pregunté.

— Dentro de una media hora próximamente, me respondió.

Vi que no tenia tiempo de entablar un pleito con mi huésped; arrojé treinta francos sobre la mesa y sali.

— Gracias, señor flamenco, dijo la doncella acompañándome hasta la puerta.

Cogí mi album y escribí: *Errata*: en lugar de: *Lieja á VISTA DE PAJARO*; léase: *Lieja VISTA A ROBO DE POSADA* ¹.

Llegamos al patio de las diligencias precisamente en el momento en que enganchaban los caballos al carruaje. Felizmente quedaban tres asientos de interior. Corro al despacho y tomo un billete: iba á meterle en el bolsillo sin leerlo, cuando el señor Polain me indicó le dirigiese la vista.

Para mayor comodidad de los viajeros, estaba redactado mitad en aleman, mitad en francés; vi en él que tenia el cuarto asiento, y que me estaba

¹ El autor usa de un equívoco cuyo equivalente no tenemos en español. *Vol* significa en francés *robo* y *vuelo*, de modo que en el original dice: *Liège vu A VOL D'OISEAU*; *lisez*: *Liège vu A VOL D'AUBERGE*.

prohibido cambiar con el de mi lado, aun con su consentimiento. Esta disciplina completamente militar, mas aun que la jerga infernal del postillon, me hizo conocer que íbamos á entrar en los dominios de S. M. Federico Guillermo.

Abracé al señor Polain y me instalé en mi asiento. A la hora fijada partió el carruaje.

Como yo tenia un rincon, la tirania de S. M. el rey de Prusia no me parecia muy insoportable, y aun debo confesar que me dormí con un sueño tan profundo como si hubiera recorrido el pais mas libre de la tierra; mas á las tres de la madrugada próximamente, es decir, al amanecer, me despertó la inmovilidad misma del carruaje.

Al principio creí que seria un accidente cualquiera, que nos habíamos enganchado ó atollado, y asomé la cabeza por la portezuela. Me engañaba, ningun accidente habia sucedido, y estábamos solos en el mas bonito camino del mundo.

Saqué mi billete del bolsillo y le volví á leer desde el principio al fin, y habiéndome asegurado de que no me prohibia hablar al que estaba á mi lado, le pregunté si hacia ya mucho tiempo que estábamos detenidos.

— Hace unos veinte minutos, me dijo.

— Y, sin que sea indiscrecion, continué, ¿ puedo preguntaros qué es lo que hacemos aquí?

— Esperamos.

— ¡ Ah! esperamos. ¿ Y qué esperamos?

— Esperamos la hora.

— ¿ Qué hora?

— La hora en que tenemos derecho de llegar.

— ¿ Pues qué, hay hora señalada?

— Todo se fija en Prusia.

— ¿ Y si llegásemos antes de esa hora?

— Seria castigado el conductor.

— ¿ Y si despues?

— Seria castigado tambien.

— ¡ Oh! eso está muy bien dispuesto.

— Todo está bien dispuesto en Prusia.

Me incliné en señal de asentimiento; por nada de este mundo hubiera yo querido contrariar á una persona que me parecia tener tan íntima conviccion política, y que por lo demás respondia de un modo tan complaciente y lacónico á mis preguntas. Mi aprobacion pareció agradecerle, esto me animó y continué:

— Perdonad, caballero, mas ¿ cuál es la hora en que el conductor debe llegar á Aix-la-Chapelle?

— A las cuatro y treinta y cinco minutos de la mañana.

— ¿ Pero y si mi reloj se atrasa?

— Los relojes no se atrasan nunca en Prusia.

— Explicadme algo acerca de eso, me causará mucho placer.

— Es muy sencillo.

— Veamos.

— El conductor tiene bajo llave, frente á su asiento, en su cabriolé, un reloj arreglado por el de la casa de diligencias. Sabe que á tal hora debe estar en tal aldea, á tal hora en tal otra, y apresura y detiene á los postillones, de modo que entra en el patio de las diligencias á las cuatro y treinta y cinco minutos.

— Siento muchísimo molestaros como lo hago, caballero, pero os conducís con tanta amabilidad...

— Decid, caballero.

— Pero con todas esas precauciones, ¿ en qué consiste que nos vemos obligados á esperar ?

— Es que el mayoral ó conductor habrá hecho como vos, se habrá dormido, y el postillon se habrá aprovechado de ello para andar mas de prisa.

— ¡ Oh ! entonces voy á aprovecharme de esta parada para bajar un poco del carruaje.

— En Prusia no se baja nadie del carruaje.

— ¡ Ah ! eso es muy cómodo ; y sin embargo, yo tenia deseo de ver aquel castillo que está del lado vuestro.

— Ese es el castillo de Emmaburgh.

— ¿ Y qué es el castillo de Emmaburgh ?

— Donde sucedió la aventura nocturna de Eginhard y Emma.

— ¡ Ah ! ciertamente. Tened la bondad de cam-

biar de sitio conmigo, que lo vea al menos por la portezuela.

— Lo haria con el mayor placer, caballero, pero no se cambia de asiento en Prusia.

— ¡ Oh, caramba ! eso es justo. ¡ Y yo que lo habia olvidado ! Dispensad, caballero, no he dicho nada.

— Estos diablitos de franceses ser muy pabladores, dijo sin abrir los ojos un corpulento alemán que estaba colocado con mucha gravedad en el rincon frente á mí, y que no habia desplegado sus labios desde nuestra salida de Lieja.

— ¿ Qué decís, caballero ? repliqué volviéndome apresuradamente hácia él, muy medianamente satisfecho con su observacion.

— No decir cho nada.

— Hacedis muy bien en dormir, mas no soñéis en voz alta. O si soñais, hablad en vuestro idioma materno.

El alemán se puso á roncar.

— Postillon, *¡ vor warts !* gritó el conductor.

La diligencia partió al gran galope. Me apresuré á dirigir una mirada por la portezuela para descubrir al menos las poéticas ruinas que acababa de indicarme mi político vecino; desgraciadamente, el camino hacia un recodo y ya habian desaparecido.

A las cuatro y treinta y cinco minutos, ni un

segundo mas, ni un segundo menos, entrábamos en el patio de la casa de diligencias. Pocas ciudades corresponden á la idea que nos hemos formado de ellas por su nombre ó por el papel que representan en la historia; bajo este concepto estaba acostumbrado á los desengaños, pero confieso que cuando llegué á las cuatro de la mañana á la plaza del Ayuntamiento, cuando vi elevarse el sol por detrás del monumento del burgomaestre Choro, cuando vi desierta aquella gran plaza, en la que se elevaba como un espectro de bronce la estatua del anciano emperador, con su águila rara de erizadas plumas, forzoso me fué reconocer la capital de los reyes francos, y saludar con respeto la ciudad imperial, como la llaman todavía hoy sus habitantes.

No haremos la historia de Aix-la-Chapelle. Una sombra colosal se levanta entre la ciudad moderna y la ciudad antigua; esta es la de Carlo-Magno, que nació en ella en 742, y murió allí en 814. Parece que en aquella ciudad no habia nada antes, y que no hubo nada despues.

Es que Carlo-Magno, ó mas bien Karl el Grande, verdadero rey teuton, amaba á Aix-la-Chapelle, su ciudad alemana, mucho mas que á Paris, su ciudad francesa. Así, todavía hoy, Aix-la-Chapelle está toda llena con sus recuerdos, y no hay una antigua piedra á que el pueblo no una el recuerdo de su antiguo emperador.

LAS PEQUEÑAS Y LAS GRANDES RELIQUIAS.

Mi primera excursion al salir de la fonda del Gran Monarca, que habia elegido para mi residencia, fué á la gran plaza que habia atravesado al salir el sol, y que volvia á ver en toda la plenitud de su estilo. La estatua del emperador Carlos, del género de la época de Maximiliano; su antigua águila de bronce con plumas de un color oscuro y erizadas; su palacio macizo del siglo xiv, con su torre de Granus y la del Mercado, constituyen efectivamente la ciudad donde se coronaron todos aquellos emperadores, espectros históricos que se nos aparecian en sueños, arrastrando en la noche del pasado sus sudarios de bronce.

Como decíamos, el Ayuntamiento, edificado en el siglo xiv por el burgomaestre Choro, está situado en el mismo sitio en que debia construirse el pala-

ció del grande emperador. Ninguna parte del edificio data de aquella época, es verdad, pero al echar en 1750 los cimientos de su inmensa escalinata, descubrió el arquitecto Conven, á una profundidad de quince piés, una vasta escalera circular, que por la solidez de su construccion podia con alguna seguridad hacerse remontar al siglo VIII. Este descubrimiento cambió en conviccion la probabilidad tradicional de que el Ayuntamiento gótico estaba situado en el sitio mismo en que se elevaba el palacio romano.

Aquel palacio del Ayuntamiento, muy notable por lo demás, al exterior, no conserva en lo interior ningun gran recuerdo particular; por otra parte, el tiempo y las necesidades del consejo municipal, han cambiado sus disposiciones; el salon de la coronacion de los emperadores, que tenia ciento sesenta y dos piés de largo, se ha creído demasiado grande, y hoy está dividido en dos por un tabique: parece que se ha acomodado á la talla de los que le ocupan.

La antigua catedral, aunque ha sufrido algunos cambios sucesivos, continúa siendo, sin embargo, la catedral construida por Carlo-Magno. Se entra en ella por la misma puerta que entró el lobo, y el animal espiatorio está todavía sentado á la izquierda del pórtico, sobre su pedestal de bronce, en memoria del servicio que prestó á la ciudad. Cuando pasó

Napoleon por Aix-la-Chapelle, el moderno Carlo-Magno le tocó con la punta de su espada, y fué enviado á París con las columnas de granito que sostenian la rotonda del templo; frente al lobo está en una columna paralela á la suya, una enorme piña de bronce, cuya significacion ignoro completamente. Acerca de esto hice muchas preguntas á los habitantes, pero generalmente me respondian que era el alma del pobre lobo ⁴. A falta de explicacion mejor, forzoso me fué contentarme con esta.

Entré en la catedral: en medio del octógono está la tumba de Carlo-Magno, es decir, una piedra colosal á flor de tierra con esta sencilla inscripcion: CAROLO MAGNO. Encima de ella hay una araña enorme de plata, que tiene la forma de una corona: es un presente de Federico I á la iglesia, ó mas bien, un homenaje á la memoria de Carlo-Magno.

Desgraciadamente para el poeta ó el historiador que van á inclinarse ante ella, aquella tumba no es mas que un sarcófago; y aun habia desaparecido completamente, y borrado de la superficie por dos invasiones sucesivas de Normandos, se ignoraba hasta el sitio donde yacia el grande emperador cuando en 997 mandó Othon III hacer excavaciones, y al fin volvieron á descubrir el panteon; es-

⁴ Véase la crónica de Carlo-Magno.

taba tal como cuenta la crónica, con su pavimento de oro, tapizado con banderas, y su anciano emperador sentado. Sea piedad ó impiedad, Othon puso su mano en Carlo-Magno; su cuerpo fué depositado en una urna de plata. El trono en que estaba sentado se sacó del sepulcro, así como la cruz de oro, la corona, el globo, el libro de los Evangelios y la espada, cuyos objetos sirvieron despues en la coronacion de los emperadores, y que en medio de las revoluciones sucesivas, se han extraviado, de modo que de todo aquello no queda mas que el trono, y aun este despojado de la hoja de oro que le cubria; la misma lápida del sepulcro desapareció, y fué reemplazada por la que hay hoy, encontrándose la primera en la pared de la parte izquierda de la iglesia.

Mientras que con la cabeza inclinada sobre la losa cineraria del antiguo emperador, recordaba algunos versos del precioso monólogo de Carlos V, se me acercaron dos hombres ofreciéndose á enseñarme uno el trono, y el otro las pequeñas reliquias; pregunté si no podia entenderme para todo con uno mismo, sabiendo las consecuencias desagradables que ocasiona de ordinario para la bolsa del viajero ese cambio de cicerones. Mas me respondieron que el trono pertenecia al sacristan, y las reliquias al pertiguero. Esta division de empleo me pareció tan bien hecha, que comprendiendo

que no daba lugar á reclamacion, dije al pertiguero me esperase y seguí al sacristan.

Me hizo subir por una escalera de piedra al piso principal, llamado Hochmünster. Aquí es donde está aquel famoso trono de que tanto se habla en las crónicas, en el que estaba sentado Carlo-Magno en su panteon, y en el que, en memoria de este hecho, se sentaban los emperadores el dia de su coronacion. Está cubierto con una tapa de tablas que se abre por medio de una llave; no, ¡ay! para conservar las planchas de oro que le cubrian, porque segun dijo el guia, las necesidades de la iglesia han obligado al cabildo á venderlas, sino para sustrarle á las miradas de los curiosos, que si podian verle gratis privarian con esa facilidad al sacristan de los únicos gajes que probablemente le proporciona la iglesia.

Es un gran sillón de mármol macizo de forma romana, como los que se ven hoy todavía en ciertas basílicas, colocado sobre cinco escalones, y que debe efectivamente ser de la época cuya fecha lleva. Mi sacristan viendo la veneracion con que yo le miraba, me dijo, que el emperador Napoleon no se habia atrevido á sentarse en él, sin duda, añadió, porque era un usurpador; pero que por la noche la emperatriz Josefina, mas ambiciosa que él, habia mandado abrir las puertas, subió sola al Hochmünster, y aprovechándose de que en aquella

época no estaba todavía el trono encerrado, se había sentado en él irreligiosamente; pero que al punto se oyó un grito, subieron y se encontraron á la emperatriz desmayada.

Al volver en sí había contado que apenas estuvo en el trono se la había aparecido el emperador Carlo-Magno y la había predicho cosas tan terribles, que en parte por espanto del presente y en parte por recelos del porvenir, no había tenido fuerzas para oirlas, y pidió socorro. Mi sacristan no dudaba que en aquella conferencia entre la emperatriz y el espectro se había tratado de Leipsick, de Waterloo y Santa Elena.

Hallábame yo á mi pesar bajo la influencia de las poéticas tradiciones que han acompañado la sombra del antiguo emperador á través de los siglos. Veía á Napoleon negándose á colocarse en aquel trono, y á Josefina, la indolente y curiosa criolla, yendo furtivamente á sentarse en él, cuando mi hombre equivocándose sin duda en cuanto á la causa de la atención con que miraba yo el regio solio, despues de haber inspeccionado el Hochmünster y la escalera que á él conduce, se me acercó y me dijo á media voz que por cinco francos podía sentarme en el trono, y experimentar por espacio de cinco minutos una satisfacción imperial. Era mal elegido el momento para hacerme semejante ofrecimiento; le respondí, pues, que no

tenía la pretension de ser mas atrevido que Napoleón, y que no quería exponerme á la cólera de Carlo-Magno, como había hecho Josefina. Entonces el buen sacristan, que veía se le escapaba la moneda de cinco francos por su misma culpa, movió la cabeza.

— ¡Oh! caballero, me dijo, se cuentan una porcion de tontunas por ese estilo; pero en el fondo acaso no sea cierto.

Le di tres francos por aquellas tonterías, ciertas ó no, lo cual le consoló un poco al parecer, y me dirigí á donde estaba el pertiguero.

Este sabía mejor su oficio. Antes de entrar en la sacristia me dijo:

— Caballero, sabreis que ver las pequeñas reliquias cuesta siete francos.

— No, le respondí, no lo sabía; pero eso no importa si esas pequeñas reliquias lo merecen.

— ¡Oh! ya lo creo, caballero.

— ¡Y bien! vamos, ¿qué me enseñareis por siete francos?

— Os enseñaré el cingulo de Nuestro Señor Jesucristo, de cuero.

— ¿Su verdadero cingulo?

— ¡Oh! caballero, ¡ya lo creo! El emperador Carlo-Magno le selló por sí mismo en sus dos extremos con su sello, en prueba de que es el mismo.

— ¡ Ah ! ¡ ah !

— Os enseñaré parte de las cuerdas con que fué atado Nuestro Señor Jesucristo.

— ¡ Ah !

— Os enseñaré un fragmento de uno de los clavos que sirvieron para clavarle en la cruz; parte de la esponja empapada en hiel y vinagre que sus verdugos le presentaron, y parte de las disciplinas con que fué azotado.

— ¿ Me enseñareis todo eso ?

— Y no es eso todo.

— ¡ Si !

— Os enseñaré el cinturón de la Virgen, la cabeza de san Anastasio, el brazo con que el gran sacerdote Simeon tuvo al Niño Jesús, la sangre y los huesos de san Estéban mártir, sobre lo que los reyes romanos prestaban sus juramentos; un anillo de la cadena que tenia san Pedro en su prision, aceite de santa Catalina, y...

— ¡ Todo eso por siete francos !

— Sí, caballero, es como quien dice, por nada; pero ¿ qué quereis ? hay tan poca religion en nuestra época, que es preciso bajar el precio; hace cien años no hubiéseis visto todo por un luis.

— ¡ Diantre ! entonces he hecho bien en venir al mundo en 1803.

— Pero tambien, si quereis dar mas, no está prohibido.

— Lo concibo; pero con vuestro permiso me atenderé al precio corriente.

— Es que aun no os he dicho todo lo que hay aquí.

— ¿ No me habeis dicho todo ?

— ¡ Oh ! no, caballero, tenemos además cabellos de san Juan Bautista; maná; fragmentos de la vara de Aaron; las tres reliquias que tenia Carlo-Magno al cuello en su sepulcro.

— ¿ Y qué son ?

— Un frasquito de cristal que contiene cabellos de la Virgen, su retrato, pintado por san Lucas, y un pedazo de la verdadera cruz.

— ¿ El mismo que habia sido llevado por un ángel, y que perdido por Pepino, fué reconquistado por Rolando del gigante de la esmeralda ?

— El mismo, caballero; y además el cuerno de caza de marfil de Carlo-Magno, su cabeza y su brazo; además... En fin, caballero, ya veis cuánto hay que ver por siete francos.

Exhalé un profundo suspiro viendo profanadas de este modo las cosas santas, y entré. El pertiguero me enseñó todo lo que habia dicho, me explicó cada cosa con su voz de perito tasador, tocando irreligiosamente todos aquellos objetos, cuya antigüedad, al menos, hubiese debido respetar.

El hecho es que una parte de esas reliquias, que la codicia mas que la religion ha conservado, la

envió al emperador Carlo-Magno, en 799, Juan, patriarca de Jerusalem; que otra parte se la regaló Aaron, rey de Persia, quien le hizo al mismo tiempo donacion de Jerusalem y los Santos Lugares, herencia que es ya tiempo de reclamar, y las demás se las enviaron de Constantinopla, como lo hizo él mismo constar en un diploma sellado con su sello.

Besé el fragmento de la cruz, porque si no habia tocado á Jesucristo, habia tocado á Carlo-Magno.

En seguida pedí permiso para ver las grandes reliquias, porque sabia que existian aun otros objetos santos, que expuestos cada siete años, habian atraido, por ejemplo, á Aix-la-Chapelle, en 1496, ciento cuarenta y dos peregrinos, los cuales habian dejado de limosna en el cepillo de la iglesia 80,000 florines de oro.

Desgraciadamente, no se exponen mas que cada siete años, y en el intervalo á nadie se enseñan sino á las testas coronadas; como yo no estaba comprendido en esta categoría, ofrecí al pertiguero elevar la suma de siete francos á quince, si queria considerarme como un emperador, ó al menos como un rey. Me respondió que por quince francos me consideraria mucho mas que todo eso, pero que no tenia la llave. Debo decir de paso que esta falta de confianza le heria al parecer profundamente.

Las grandes reliquias se componen :

1°. Del vestido que tenia puesto la Virgen cuan-

do nació Jesucristo. Es de algodón, y tiene cinco piés y medio de largo.

2°. De las mantillas que envolvieron al Salvador en el pesebre.

3°. Del lienzo sobre el que fué decapitado san Juan Bautista.

4°. De la tela que ciñó la parte inferior del tronco de Nuestro Señor en la cruz.

Todas las reliquias están empaquetadas cada una en una tela de seda, que se corta en cada exposicion, y cuyos pedazos se distribuyen entre las personas presentes.

Por lo demás, el pertiguero, al parecer, no hacia mucho aprecio de las grandes reliquias, y si yo hubiese querido tan solo darle diez francos en vez de siete, creo me hubiera confesado que no creia en ellas.